

ASIENTOS DELANTEROS

Sergio Ramírez

Escritor

La primera vez que oí hablar de Barack Obama fue en una seductora crónica de Bernard Henry Lévy publicada en la revista Atlantic en mayo del 2005, *Tras las huellas de Tocqueville*. Al cumplirse dos siglos del nacimiento de Alexis de Tocqueville, Lévy había hecho el año anterior un viaje de reconocimiento a través de los Estados Unidos, por los mismos territorios que su compatriota, y desviándose de la ruta prevista se fue a Boston para estar presente en la convención demócrata que eligió a John Kerry en julio del 2004 como candidato a enfrentarse a la reelección de George Bush. Kerry no resultaría electo presidente, pero Obama resultaría electo senador por Illinois. Toda una novedad. El único senador negro, y además, novato y desconocido entre tanto patricio de toda medida.

Lévy encontró a Obama en el vestíbulo del hotel la noche siguiente a la de su discurso en la convención, un discurso a lo Obama, brillante y electrizante desde entonces, pero cuando nadie pensaba que el próximo candidato del partido demócrata, y el próximo presidente de Estados Unidos, sería aquel negro a quien el republicano al que había derrotado en la carrera por el asiento en el senado, otro negro llamado Alan Keyes, acusaba de no ser suficientemente negro.

Un negro extraño que no era negro del todo, a quien en el Caribe revuelto y desenfadado llamaríamos un mulato, que ni siquiera venía del sur profundo, tierra de esclavos, y tampoco tenía ancestros esclavos que enseñar como presea. Alguien que es la mixtura de dos partes, que ha cuadrado sus orígenes, y se ha despojado de toda identidad, dice Lévy. ¿Quién es este negro blanco?, se pregun-

ta con deje irónico. Un Clinton negro, se responde, y uno no puede dejar de recordar que Toni Morrison, con apasionada compasión, dijo que Clinton había sido tratado como un presidente negro cuando un fiscal de vestiduras puritanas, como salido de las páginas de *La letra escarlata*, la novela de Nathaniel Hawthorne, lo perseguía de manera implacable por causa de un aguado affaire amoroso.

Obama cuatro años atrás a los ojos de un filósofo francés que se ha puesto los zapatos de Tocqueville en busca de explorar los Estados Unidos contemporáneos, y como buen francés, austero de modales y temeroso del ridículo, se goza de ver a los convencionales demócratas reunidos en el Fleet Center ensombrerados con réplicas de cabezas de mulas, el símbolo de su partido, y rascacielos que recuerdan a las torres gemelas derribadas por el célebre ataque terrorista, mientras se llenan las barrigas de *pop-corn* y *hot dogs*. Pero a la medianoche, cuando Obama sube al podio para pronunciar su discurso, Lévy se olvida de los sombreros de carnaval para apuntar el ligero paso de danza con que aquel camina por el escenario bajo la luz de los reflectores, la sabiduría de los gestos histriónicos, en los que el orador calcula todo, y “la más ligera de las entonaciones debidamente calibrada, y aparentando improvisar hasta los suspiros”.

Pero es un discurso donde todo esta allí desde entonces, el mensaje que habría de seducir a millones de ciudadanos de distinto color y tamaño cuatro años después, y cuyo tono religioso desagrada a Lévy, que se confiesa un francés acostumbrado a las grandes disputas políticas y encuentra las palabras del negro blanco “desesperadamente acomodaticias”, cuando dice, inspirado, como desde el púlpito de una iglesia protestante de Harlem o de Montgomery, que no hay unos Estados Unidos negros, ni unos Estados Unidos blancos, ni unos Estados Unidos latinoamericanos, ni asiáticos, que sólo hay los Estados Unidos de América. Lévy, con desánimo, interpreta que lo que Obama está diciendo es que el problema no es otro presidente para otra política, sino un nuevo presidente para la misma política que el anterior presidente ya no tiene crédito para continuar.

Craso error de distancia, que a lo mejor no hubiera cometido el viejo Tocqueville. Esas palabras de Obama se convertirían en la clave de su mensaje ecuménico, y serían claves a la hora de andar, a lo largo de su campaña electoral, por el camino minado del tema racial, juntando sabiamente a todos los otros que eran como él, no desde la perspectiva de un negro que se queja, sino de un estadista capaz de interpretar a todos y entender que la discriminación esta hecha de restas, y no de sumas. Desde allí, desde ese discurso que Lévy atestiguó cuando pocos pensaban en Obama para presidente, hasta el célebre discurso sobre la raza pronunciado en Filadelfia el 18 de marzo del 2008, cuando las incendiarias declaraciones del pastor negro de su propia iglesia, el reverendo Jeremiah Wright, amenazaban con hundir su campaña para ganar las primarias, porque asustaba a los potenciales votantes blancos desde otra clase de racismo, el racismo negro.

Obama no eludió el tema de la discriminación y de la desigualdad racial de que históricamente eran víctimas los negros en los Estados Unidos, pero desmintió que se tratara de una situación de estancamiento, una cadena perpetua que habría que soportar para siempre, y estableció que el cambio debería venir no sólo para los negros, sino también para los demás grupos raciales en Estados Unidos. Otra vez, y siempre, la respuesta ecuménica: “podemos tener diferentes historias, pero tenemos esperanzas comunes; podemos lucir diferentes, y podemos venir de lugares diferentes, pero todos queremos avanzar en la misma dirección”. Era el acusado de ser demasiado negro, o no suficientemente negro, quien hablaba en nombre de todos; no desde una ausencia de identidad, como lo juzgó Lévy, sino desde la identidad de todos.

La noche de julio del 2004 en que se encuentran en el vestíbulo del hotel de Boston, Obama le ha dicho a Lévy que nunca se debe ir más rápido que la música, que los Estados Unidos es un país de carreras meteóricas, pero efímeras, y que a lo mejor su esplendente discurso en la convención será olvidado, porque el mes entrante otro estará bajo las reflectores. Modestia inútil. No desaparecería, lo sabía bien. No en balde Barack quiere decir “bendito” en swahili. ¿Será Oba-

ma el primer negro en entender, se pregunta Lévy, que en lugar de exacerbar la culpa, debe jugar la carta de la seducción, y alentar la esperanza, en lugar del reproche? ¿Y si será éste el comienzo del fin de las ideologías basadas en la identidad racial?

Cuando uno piensa que Obama puede ser juzgado con ligereza, como parece hacerlo a veces Lévy, uno se cura de ese peligro oyéndolo citar en su discurso de Filadelfia sobre la raza a William Faulkner, una voz del profundo sur de los esclavos. “El pasado no está muerto ni enterrado”, dice Faulkner. “De hecho, no es ni siquiera pasado”. Y el mismo Obama advierte entonces que tenemos que cargar con nuestro pasado, sin convertirnos en víctimas de ese pasado. Y que los sueños de uno no tienen que realizarse a expensas de los sueños de los demás.

Es Rosa Parks la que habla ahora, sentada en las filas delanteras del autobús que recorre las calles de Montgomery.

Matasepe, enero de 2009

www.sergioramirez.com